

LA VOZ DE LUCENA

Periódico semanal Liberal, Democrático Independiente consagrado á los intereses morales y materiales de Lucena y su Distrito

No se devuelven los originales.—La correspondencia al Fundador y Administrador, D. JUAN OTERO, calle Arriera, núm. 9, Lucena. Domicilio legal del periódico, Cabra.—Número suelto, 10 céntimos.

Año IV Domingo 6 de Mayo de 1906 Núm. 155

Precios de suscripción.—En Lucena, un mes 0'50 pesetas.—Fuera: trimestre, 2'00; semestre, 3'00; un año, 6'00.—Anuncios y comunicados á precios convencionales.—Pago adelantado.—Número atrasado, 25 cts.

A la Virgen de Araceli.

Yo, no he estado en Lucena; yo, no te he visto nunca, Virgen de Araceli; no, no te he visto y, sin embargo, me siento atraído por tí, ejerces sobre mi espíritu un algo grande y magestuoso que no acierto á explicar; la sola pronunciación de tu nombre repercute en mis oídos con halagadora dulzura, vibra en mi alma con vibraciones placenteras, hace sentir á mi corazón sensaciones de bienestar y pone siempre en mis labios una frase de admiración y respeto.

Quisiera tener la inspiración del poeta, quisiera atraerme todas las musas inspiradoras, quisiera estar poseído de divina inspiración para cantarte, en sentidas estrofas, hoy que los lucentinos, descubriéndose é hincando una rodilla en tierra, te verán pasar por las calles en magnífica é imponente procesión; hoy, que á tu paso, las manos de las mujeres arrojarán flores desde los balcones; hoy, que los niños te mirarán con asombro, abriendo mucho los ojos para verte mejor, susurrando la oración que aprendieran, de su madre en el regazo amoroso; hoy, que una lágrima surcará las mejillas de la anciana, que duda si habrá de volver á verte; hoy, en fin, que todos, hombres, mujeres, niños y ancianos, poseídos de frenético entusiasmo, gritarán á tu paso, en el colmo de su delirio, guiados por la sacrosanta fé que les inspiras y que heredaron de sus abuelos: «¡Viva la Virgen de Araceli!»... Vivas atronadores, que llenarán el espacio y que, tú, excelsa Patrona, recogerás con cariño, sonriente, poniendo como recompensa una felicidad en cada ser cuyos labios te pronuncien un «¡viva!»...

Quisiera esa inspiración que enciende en los cerebros ideas sublimes, esa inspiración que busca palabras en los rincones más ocultos de la memoria y, con ellas, construye frases que expresan fielmente los sentimientos de un alma; quisiera

esa inspiración, sí; pero no la poseo, lucho por exteriorizar las sensaciones que vibran en el fondo de mi espíritu, y no lo consigo; mi imaginación es pobre para cantar tus múltiples bondades, tus celestiales virtudes, tus asombrosos milagros, tus magnánimas gracias y tu radiante hermosura; mi imaginación es pequeña, no puede producir nada digno de ofrecerte, no alcanza á manifestar nada que sea en tu justa alabanza y no quiere profanar tu nombre con palabras vulgares, que se empequeñecerían, aún, al dirigir las á tu soberana grandeza.

No puedo cantarte en sentidas estrofas, no puedo, tampoco, verte desfilar ante la multitud que se apiña á tu paso, ni puedo unir mi... «¡viva!»... á los que, formando uno solo, pronuncian las voces de todo un pueblo frenético de entusiasmo y pletórico de fé; pero, cuando el volteo de las campanas y las notas alegres de la música se extiendan por el espacio, siendo llevadas en ondas del aire hasta perderse en el infinito; cuando los hombres se disputen un puesto en las andas, para sentir en sus hombros tu dulce peso; cuando los cohetes anuncien tu salida de la ermita y las primeras flores caigan sobre tu manto, empezando, así, tu paseo triunfal por las calles; yo, Virgen de Araceli, excelsa Patrona de Lucena, trasladado ahí con el pensamiento, que no reconoce distancias, me descubriré, hincaré en tierra mis dos rodillas y, naciendo de mi alma, elevaré hasta tí una oración que, tú, atendiendo á mi súplica, dejarás caer, deshaciéndola en felicidad, sobre la frente de una mujer...

¡Viva la Virgen de Araceli!...

Alberto de Martos.

Madrid.

La Virgen, la Madre y la tumba.

Son las cinco y media de la tarde; la diafanidad del cielo es sublime; los rayos del sol dan al éter un fulgor

áureo; resaltan blancas y limpias como nunca las fachadas de las casas; ataviáanse los lucentinos con sus mejores galas; es un abigarramiento de trajes lo que hay en las calles y un zumbido de voces distintas que produce mareo; las colchas de damasco, unas rojas, otras celestes ó amarillas cubren el herraje de los balcones en casa de los ricos; las de color albeo y tejido algodónado cuelgan de los ventanales en las viviendas de los pobres; cada hueco de una casa es un jardín en donde el clavel, la rosa y la azucena embalsaman la atmósfera; entre el follaje de las hojas y los diversos matices de las flores muévense millares de cabezas femeninas; unas de cabello azabachino, otras con los destellos de oro; las pupilas de las lucentinas—mujeres bellas por excelencia—irradian en sus miradas fuegos pasionarios, poemas de amores y esperanzas de dichas.

Plaza Nueva hállase repleta de gentes de ambos sexos; en los naranjos que la circunda florece el azahar; luce el Ayuntamiento sus colgaduras clásicas; todo allí es alegría, animación y bullicio.

El sonar metálico de seis campanadas rasga el aire; la multitud emudece, al vocerío de antes reemplazado un silencio sepulcral; súbitamente, en la puerta de la iglesia de San Mateo, aparece la Virgen de Araceli; miro á la escultura, no al símbolo; la perfección de su rostro es sublime; se nota en sus líneas la obra de un gran artista; avanza un poco más la Virgen y al bañarla los rayos solares hacen que se irise la rica pedería que prende en sus ropas; flama el sedoso manto rojo de bordaduras áureas; centellean los diamantes; despiden sus facetas una cascada de fuego; entre el llamear del manto y el fulgurar de las piedras preciosas pugna en valde por destacar la nitida blancura del vestido; mil cohetes que se elevan dejando una cola de chispas revientan en las alturas atronando el espacio; confúndense los «¡viva!» de los aracelitinos fervientes con las músicas que saludan á la divina Patrona; voltean las campanas y los «¡viva!» se repiten; veo lágrimas de emoción en los ojos de algunas mujeres sensibles y aturdido por tan grandioso espectáculo me alejo pensativo por la calle de las Descalzas; salgo al llanete de San Francisco y dejando á mi derecha el amplio y antiquísimo convento de

los fraile dirijomes hácia la ronda; las calles se encuentran solitarias; ningún ruido las anima; sólo es turbado su silencio por el ladrido de uno que otro perro encerrado en cualquier casa; salgo al campo; verdeguean las cementeras; sigo andando y llevo al puente del camino de Cabra; el chasquido del agua al caer de la presa únese al rumor que produce el aura al mover las hojas de los álamos formando un concierto monótono y desesperante; al retratarse en las cristalinatas ondas del riachuelo el disco solar, el río se incendia y queda convertido en una sierpe de fuego, miro hacia adelante y por la empolvada carretera dirijese una enlutada mujer al cementerio, la sigo entonces y veo que entra; penetro tras ella á la par que se dirije hacia una cruz de madera clavada en el suelo; mientras, contemplo á mi izquierda, la capilla del Marqués rodeada de cipreses que el viento balancea, á ambos lados veo ora sepulcros de mármol ó ya filas interminables de crucecitas; me fijo en la mujer y observo que llora; mi curiosidad se excita y me acerco á ella, le pregunto por qué gime y entre sollozos y exclamaciones de dolor me contó una historia triste, muy triste.

Allí, bajo aquella tierra pegajosa y amarillenta yacían los restos de su pobre hija; años antes murió la niña y en un día de la Virgen; era su único consuelo y al perderlo su corazón materno, trancido de dolor, jamás cesó de sufrir; no tenía á nadie; su esposo, sus padres, sus hermanos, todos murieron; sólo quedábale la niña aquella de cabellos rubios, carnes rosadas y ojos azulinos que también murió; por eso, todos los años, al cumplirse el aniversario de su fallecimiento deja á Lucena que festeje su Patrona para irse ella á orar sobre los restos del fruto de sus entrañas....

Muere la tarde; las tinieblas de la noche empiezan á invadir la esplendorosidad del día; miro al pueblo y las luces de las bengalas, al reflejarse en los tejados y las paredes de las casas; dan á Lucena un aspecto mágico; sigue llorando la mujer y entonces pregunto á los sepulcros y al polvo de todas las generaciones que duermen bajo las lápidas marmóreas de las tumbas si es verdad que existe la alegría cuando los ojos de una madre vierten lágrimas de pena por el recuerdo de una hija....

Salgo del cementerio y los acordes de un himno procesional llega á mis

oidos; entro en las calles y nuevamente veo a la Virgen: sigue llamando su manto rojo y el brillo deslumbrante de sus alhajas vuelve a cegar mi pupila; le miro el rostro y pareceme que sonríe; mil pensamientos golpean mi cráneo y siento que de mis ojos resbalan las lágrimas. ¿Son de emoción? No; es que me acuerdo de la mujer enlutada en espasmos de dolor llora sin cesar sobre el terreno gredoso que cubre las cenizas de su hijo.

Julio G. de Montaña.

La defensora de un pueblo.

CUENTO

En el reloj de los Cielos sonó la hora señalada. La pesada puerta de la sala de Justicia giró sobre sus goznes, permitiendo la entrada a los representantes de la ley divina, que fueron ocupando, con silencioso recogimiento, sus respectivos sitios. Hicieronlo a la derecha los santos Evangelistas, a la izquierda los defensores, y resplandecientes estrellas iluminaron en el centro, al Juez Supremo, sentado bajo un dosel de púrpura, en el Trono dorado de su regia omnipotencia, ante cuyas gradas destacábase la raquítica figura del implacable Acusador, frente al cual encabezaba las primeras diligencias el Escribano de causas, único de esta clase que en la Gloria había.

Las alegres sonatas de las trompetas y el prolongado redoble de los timbales anunciaron haber comenzado el tribunal sus jurídicas funciones.

En un extremo de la Sala, una víctima angelical del cruel decreto de Herodes, leyó con argentina y alta voz el nombre de «Lucena», tocado en turno según rezaba el libro interminable de los Destinos. Entonces el acusador, dirigiéndose al Todopoderoso, habló en estos ó parecidos términos:

«Señor y Rey de Justicia: De infantiles labios ha surgido un nombre que si en otros tiempos significaba virtud y trabajo, hoy, por desgracia, simboliza la execración y el vicio. Basta con dirigir la vista hacia ese pueblo para que de nuestras mentes se borre toda idea de perdón; pues aunque es muy cierto existen en él suntuosos templos en los que se practican actos agradabilísimos a vuestros ojos, no lo es menos que a semejanza de los antiguos Doctores de la ley mosaica cuando salían de hacer oración en las sinagogas, se entregan después al pecado con el más bochornoso desenfreno.»

Hizo aquí, el acusador los cargos justificativos de sus anteriores palabras ¡y cuán graves debieron ser a juzgar por las desagradables muestras de asombro impresas en todos los semblantes!

«Terminaré—continuó diciendo—recordándoos la miseria en que repetido pueblo yace siendo uno de los más ricos de la nación a que pertenece, miseria sólo explicable por hallarse el capital en manos muertas de hombres pusilánimes, que temblando a la sola idea de exponer sus riquezas a la ventura si emprendieran precisas obras

que aportándoles bonitas ganancias, darían nombre a su patria chica y trabajo a la inmensa clase proletaria, no vacilan, sin embargo, en abandonar cuantiosas sumas a la negra suerte de una carta, ó a los derrochadores placeres de la orgía.

¡Caigan, pues, sobre Lucena los más severos castigos de la ira de Dios!»

Sentóse algo fatigado el acusador, y aseguída un Evangelista, dijo: Declaro ser verdad cuanto acabamos de oír.

No teniendo la mentira asiento en el empero, holgaba el testimonio de este Santo; pero como se trataba de un Tribunal para imponer los castigos que la humanidad pervertida constantemente sufre, guardábase esa fórmula, semejante, en cierto modo, a las pruebas textificales.

Hubo unos momentos de pausa. Llegado su turno al defensor dispusieron todos a saborear las agudezas y los profundos conceptos de que solía revestir sus elocuentísimos discursos. Pero el tiempo transcurría en valde, y la ansiedad, tomando gigantescas proporciones, con dificultad se contenía ante aquel monótono é inexplicable silencio. ¿Por qué el defensor mostrábase indiferente a las miradas que se le dirigían? ¿Acaso, el anatema lanzado por el acusador, iba a quedar sin que en su contra una voz destruyera sus sofismas? ¿Sería Lucena la huérfana errante y sola, la expósita del abandono, que en su desgracia no encuentra una mano cariñosa que las consuele y proteja?... Pero el defensor no hablaba y la realidad se imponía.

No era el primer caso. Otras veces habíanse celebrado juicios para juzgar a otros pueblos y aún a naciones enteras, y al retraimiento del defensor sucedió siempre el original caso que a continuación bosquejaremos...

Ya iban a estallar las protestas de la Sala, cuando súbitamente una infinidad de astros en el espacio aparecieron, con tan brillantes y esplendorosas luces como si el Sol todo su potencial lumínico hubiese allí derramado. Aumentóse el natural asombro al aparecer entre blanquísimas nubes de incienso, que embalsamaban el ambiente, una figura que reunía en sí todas las bellezas de la Creación, en cuyo torno, como rindiéndole homenaje, voleteaban encantadores ángeles, mariposas que besan los pétalos rosados de la delicada flor. Era una mujer, niña de corazón, era una madre pura en esencia, de mirada tierna y amante al par que pudorosa y sencilla, de ojos rasgados, megillas de rosa, y semblante apacible y risueño. Su voz, murmullo de las fuentes, gorgojo de los ruiseñores, era las melodiosas notas de las arpas de los Levitas. Su cabello, de hilos de oro, como espigas de los campos, ondeaba a merced de la dulce brisa que la circundaba; y en su pecho, arca de mil tesoros de sentimientos para todo el mundo, había un corazón muy grande, sí, como para consolar a la Humanidad entera. Ella, solamente Ella la Virgen de Araceli, fue la que dirigiéndose al trono de su amado Hijo, pidió clemencia para su pueblo, y perdón para los lucentinos. Si, «Lucena celebra su día, veinte mil bocas pro-

rumpían en vítores y otros tantos coros latían con violencia al verla en las calles de la Ciudad... y Ella quería llevarles el testimonio de su eterna gratitud.»

Así terminó aquella asamblea de justicia. Abriéronse los Cielos para dar paso a la Reina de los Angeles, y por todos los ámbitos de la Gloria repercutió la voz del Creador, que al verla marchar, con acento cariñoso dijo: «¡Oh cuán buena eres! Yo miraré siempre con gusto a ese pueblo que tanto te ama!» Y al perderse entre las nubes le envió un ¡¡Bendita seas!!

Juan Algar Danel.

EL MELAGRO

Postrado en un mezuquino lecho, atormentado por el dolor y perdida su angelical hermosura; trocado el carmin de sus mejillas en palidez cadavérica, sin brillo en los ojos y con la boquita entreabierta, yacía un minuto, que fué rubio y sonrosado como un arcángel; que sería.... uno de esos seres desventurados que cuando llegan a ser hombres, casi siempre la rueda del orden social los encuentra y los tritura.

Contemplando aquel espectáculo desolado y triste, se encontraba una sola mujer; lloraba desesperadamente; la fortuna trabajaba en contra de aquella infeliz, que adquirió la medicina salvadora que aconsejó la ciencia aún a riesgo de no devorar aquella alimentación escasa y escasa que hacia días constituía su cotidiano sustento.

El momento supremo se acercaba. La vida de aquel niño tocaba a su fin. La madre gemía con aquel sonido que hace irreconciliable nuestra voz con los accesos del sufrimiento; era, el lamento instintivo de toda carne dolorida humano ó bestial.

La existencia de aquel ser, que tomaba parte de la suya, el entriamiento de un cuerpecito que se extremece al impulso de una atracción mortífera.... ¡pensarlo! ¡verlo! aquello era horrible...

En un segundo de calma oyese repercutir a los lejos un clamoreo como de una muchedumbre enardecida. Era el pueblo de Lucena, que vitoreaba a su Virgen de Araceli; Señora de celestial hermosura que arrancaba lágrimas de entusiasmo en el corazón de todo buen lucentino.

¿Quién es esa mujer que corre atropelladamente entre la multitud? ¿Es acaso una demente ávida de saciar su venganza? No; es una madre que ve morir a un poderoso de sus entrañas y corre y vuela y eleva en sus brazos al pequeñuelo querido, lo que ya no era más que un pedazo informe de materia con un hálito de vida, y venciendo obstáculos con la decisión del héroe, lo alza hasta llegar al bordado manto de la venerada imagen.

¿Porqué ríe ahora con risa desencajada, febril y estridente? ¿Acaso la multitud la aclama? Es que por sus mismos ojos ha visto descender a ese niño que la Virgen estrecha en sus brazos redentor y risueño como un rayo de sol; si, lo ha visto, ante su vista no

puede turbarse en aquel momento de dicha, y les vió elevarse juntitos, y altos muy altos, hasta aquel sitio en que las divinidades ofrecen gloriosa mansión a las almas puras.....

La Virgen se perdía entre las columnas del templo; volteaban las campanas; digérase que hacían palpar aquellos corazones inflamados por un solo sentimiento: el amor, la fé.

Millares de cohetes se dispararon en aquel instante tronando en violentas conmociones; como esas que preceden a las grandes catástrofes.

Y sucedía a la hora melancólica y tranquila que sigue a la puesta de Sol.

Pablo Carmona.

Madrid—Mayo—906.

LA VIRGEN DE ARACELI

CUENTO

—¡Ah, hijo de mi vida! ¡Si la Santísima Virgen tendiera hacia ti una mirada compasiva y se condoliera de tus muchos sufrimientos, estaba salvado; pero, si el corazón me dice, y este nunca se engaña, que mis ruegos serán atendidos, porque son justos y nobles, porque las súplicas de una madre jamás han sido desoídas por nuestra venerada Patrona!

Así hablaba una madre en tierno soliloquio dirigiendo angustiosas miradas al lecho de dolor en que yacía postrado por la fiebre su hijo único, joven de veinte años, esperanza y consuelo de su vejez. Viuda hacia algunos años; todos sus desvelos y cuidados los había dedicado a aquel hijo de sus entrañas que ahora la muerte, con mano impía y cruel, intentaba arrebatárselo. Desde que aquel ser adorado cayó enfermo no dejó de ir todos los días, y en las horas en que podía confiar el cuidado del mismo a alguna vecina compasiva, a pedir a la milagrosa imagen con todo el fervor de su alma que salvara de una muerte cierta a quien ya no tenía otro amparo que la bondad divina, puesto que había sido desahuciado por los hombres. La ciencia humana no podía hacer más que prolongar algunas horas el triste desenlace y tan solo un milagro del cielo podría salvar aquella masa inerte que parecía ya sumida en el sopor del sueño eterno.

La anterior escena tenía lugar la víspera del día en que es conducida procesionalmente, por las calles de la población, la adorada patrona de los lucentinos, la Virgen de Araceli. Transcurrió la noche para la pobre madre entre sobresaltos y amarga incertidumbre; cada instante que pasaba le parecía un siglo; creía que su querido hijo no llegaría quizás a ver la luz del nuevo día; le hallaba tan grave que parecía imposible que aquel cuerpo casi exámine llegase a recobrar la vitalidad perdida. Amaneció por fin; abrió el balcón aspirando con ansia los dulces efluvios del aura matinal; en el cielo diáfano, de un azul purpúreo, no se distinguía, en toda la extensión que la vista abarcaba, la más ligera nubecilla; allá en el cénit apuntaban los dorados rayos de un sol primaveral. El murmullo que de la calle transcendía al interior del aposento, producido por compacta muchedumbre que en traje de día festivo se dirigía hacia la capilla para presenciar la salida de la Virgen, despertaron al enfermo que al sentir sobre su rostro, abrasado por la calentura, las caricias de las brisas de la mañana pareció reanimar algún tan-

to su decaído espíritu y, con voz débil, llamó á su madre.

—Mamá—la dijo—parece que hoy me encuentro más mejorado.... ¿quieres que me vista para presenciar el paso de la procesión? ¿Quién sabe si será la última que verán mis ojos!... ¡No me niegues este favor, mamaita, así me distraigo algo y lograré tal vez alejar de mi mente por un momento la triste idea, que la tiene ofuscada, de mi próximo fin!

La infeliz madre no tuvo valor para negar aquella petición que de una manera tan conmovedora le era expuesta; cubrióse el rostro para ocultar el llanto que brotaba á raudales de sus ojos y le dijo:

—Si me prometes ser juicioso y no cometer ningún disparate, te vestiré; ahora voy por tu traje nuevo.

Saíó de la habitación con el alma traspasada de dolor, más que á otra cosa, para dar rienda suelta á los sollozos y desterrar la angustia horrible que la oprimía el pecho; lloró largo rato, al fin logró serenarse y haciendo desaparecer de su semblante las huellas que en él dejaron las lagrimas, cogió la ropa y de nuevo encaminó sus pasos á la alcoba de su hijo. Este al verla no pudo contener un impetuoso arranque de gratitud y echándola los brazos al cuello exclamó:

—¡Ah, mamita, qué buena eres! ¡Cuanto te idolatro! ¡Nunca podría recompensar, ni concien vidas que tuviera, los grandísimos sacrificios y desvelos que por mí estás pasando.

—No seas tonto—repuso ella—este es el deber de una madre y bastante recompensa tiene la que, como yo, es adorada por un hijo tan bueno noble cual tú lo eres.

Y, diciendo esto, estampó un sonoro beso sobre su frente.

—Deja que te vista—prosiguió—pues la procesión no debe tardar mucho. Cuando estés vestido te sentaré en una butaca para que puedas presenciar desde el balcón el paso de la comitiva; pondré al alcance de tu mano una canastilla de flores para que las arrojes á la imagen de Nuestra Señora y le pidas con devoción que te ponga bueno del todo; yo voy á cumplir un voto que hice á la Virgen; se quedará contigo la vecina de abajo por si necesitas algo.

Después de vestirlo y colocarlo conforme prometió, continuó:

—¡Adios, angel mío! ¡Hasta luego!

Y con apasionamiento de madre amantísima, le dió una docena de besos en la boca, saliendo rápidamente presa de honda emoción.

El estruendo de los cohetes al estallar en el aire, le anunció que la procesión entraba en la calle en que vivía; devorado por la impaciencia, y con gran sobresalto por parte de la vecina que le acompañaba, hizo un esfuerzo sobrehumano y se incorporó sobre el asiento adelantando el busto anhelante, cual si temiese que la vida se extinguiera en su cuerpo sin poder llegar á ver satisfechos sus deseos de contemplar la procesión; dirigió la vista hacia el sitio por donde bajaba ésta y lo primero que distinguieron sus ojos fué una figura de mujer, que vestida de negro se destacaba de entre las bordadas casullas de los sacerdotes, que llevando los pies completamente descalzos y con una vela encendida marchaba á la inmediatez de la Virgen; su estupor subió de punto cuando en aquella figura que tanto le interesaba reconoció á su propia madre y al considerar los atroces dolores que experimentaría al sentirse los guijarros clavarse en la carne, al contemplarla en tan lastimoso estado, quiso gritarla que no prosiguiese, que no se martirizase más por su culpa, pero parecía que le habían agarrado la gar-

ganta, puesto que sus labios no exhalaban más que sonidos inarticulados; con los ojos fuera de las órbitas, viendo que hablar le era imposible, intentó expresar con el ademán lo que no pudo decir con la palabra cuando se apoderó de todo su cuerpo una crisis nerviosa y cayó desvanecido en brazos de su compañera.

Un mes después de los anteriores acontecimientos, paseaban por las afueras de la población madre é hijo; iban amorosamente cogidos del brazo y marchando despacio, deteniendo el paso de vez en cuando, como para tomar aliento; después de breves momentos de descanso continuaban el interrumpido paseo, siempre con rítmica lentitud.

El muchacho se salvó gracias á aquella crisis nerviosa que sacudió su organismo y que produjo la reacción. En Lucena atribúyese á milagro divino de su invicta Patrona la Virgen de Araceli esta salvación y puede que tal sea. Yo así lo creo....

Ernesto Montilla García.

MI IDEAL

Hace tiempo que los más grandes pensadores que se interesan en la obra de la redención de las clases menesterosas y oprimidas, no cesan de repetir en todos los tonos—«Romped los antiguos moldes» así en lo económico como en lo político y religioso, y en este último tratan de sustituir nuestros ideales consagrados por la tradición, con otra idea ó finalidad que sintetizan, y representan con el significado de los conceptos libertad, igualdad, y fraternidad, é indentificándose con aquel palurdo que achacaba las faltas de ortografía de sus escritos á la mala calidad de la pluma con que escribía, nos dicen que nuestra religión no es suficiente para la moralización de los pueblos y la atribuyen defectos que son sólo el producto de nuestra miseria y perversión.

Proclamar la superioridad del ideal religioso de los buenos lucentinos sobre cualquiera otra fórmula imaginable es el objeto de las siguientes líneas.

El simbolismo ó finalidad que se instituyen en ideal moralizador de un pueblo ha representar tal alteza de miras, tales virtudes y perfecciones, que atrayendo hacia sí como centro iluminado los corazones de todos los ciudadanos, les infunda con sus claras irradiaciones el amor á la justicia y á la práctica del bien.

Ahora ocurre preguntar: En religión ¿qué ideal podemos instituirnos con méritos ni superiores ni iguales á aquel al que rendimos fervoroso culto bajo la advocación de María de Araceli?

Se pretende que estos ideales divinos sean sustituidos por otros más humanos que provean más eficazmente á las necesidades de los pueblos, pero ¿á qué principio noble y santo, invocaremos como remedio á nuestros males que no lo encontremos preceptuado en la religión de María? ¿Será acaso al principio justo que expresan las palabras libertad, igualdad y fraternidad? Pues no habremos hecho más que ir á Roma sin haber salido de ella y con manifiesta desventaja al dirigir la invocación á este ideal representado por tres escuetas palabras sin otra fuerza persuasiva que la imponga en cada individuo la restitución de su conciencia. Es mucho más fácil de digerir el difícil plato de la moral cuando sus reglas las dicta la fuerza persuasiva de una madre amantísima como María que

con el más dulce lenguaje nos invita á practicar las virtudes y perfecciones que componen su aureola.

Si por nuestra parte nos empeñamos en ser sordos ¿qué culpa tiene Ella de que desoyendo sus constantes exhortaciones reinen la ignominia y la desigualdad entre los que siendo hijos suyos y por consiguiente hermanos, debieran estrecharse en el más fraternal de los abrazos? ¿Hay alguna idea noble y justa que ella no desee ver realizada entre sus hijos predilectos? Ciertamente que no y por esto es injusto el imputar defectos que provienen de las miserias, de tejas abajo á instituciones sabias y santas cuyo nivel moral es lo suficiente elevado para que no alcance á mancharlo el lodo en que nos asfixiamos los humanos.

Hace pocos días que una heterogénea muchedumbre aclamaba delirante la imagen del Nazareno, otra divinidad venerada del pueblo de Lucena y también muy por encima de cuantas otras finalidades pudiésemos imaginarnos. En él se representa el acto abnegado y sublime del sacrificio de su vida por redimir á la humanidad pecadora. En la suprema sabiduría, de sus máximas se revela á la humanidad el único camino de salvación que descubre en sus divinas palabras «amaos los unos á los otros»; y de como hemos cumplido este mandato responde el extraño contraste que resulta de que, invocando su sagrado nombre, signo de amor y paz entre los hombres, registre la Historia las más cruentas luchas que han ocasionado el derramamiento de torrentes de sangre inocente vertida por las infamias sociales que en todos los tiempos engendra la desobediencia á otros de sus preceptos cual son la humildad y la pobreza; y en nuestros días son precisamente el orgullo y la ambición la causa de nuestros males y los que amenazan con inundar el mundo.

¿Y podrá decirse por esto que su doctrina no es santa y buena? ¿Ni tacharla de poco eficaz ni persuasiva cuando su propia sangre nos dió el ejemplo del sacrificio?

No; nuestros ideales del Nazareno y María Santísima de Araceli son los más perfectos que pueden imaginarse y así podremos gritar: «¡Viva nuestro Padre!» «¡Viva nuestra Madre!» Pero que en proporción á lo esforzado de este grito, correspondan los latidos de nuestros corazones.

Si el corazón permanece frío, si se encuentra á una temperatura de cero grados para con el prójimo doliente, entonces es la mayor de las heregías lanzar vivas á los símbolos de dos instituciones sublimes con las que sólo nos identificaremos si los actos corroboran nuestras entusiastas aclamaciones que no con una simple manifestación exterior de cómica cuquería.

Pongamos, pues, en práctica la máxima del Divino Maestro, amémonos como verdaderos hermanos demostrando este amor por hechos que harían los excitados en los hombres de corazón, esos delirantes gritos que se escuchan á las imágenes del Nazareno y de María Santísima de Araceli representantes en la tierra de los eternos principios de justicia, y no demos lugar con nuestro proceder á que por los reformadores se busquen fórmulas nuevas como remedio á los males sociales siendo el cristianismo el que con el sacrificio de un inocente plantó los jalones de la emancipación humana, y si así no lo hacemos, si continuamos llamándonos cristianos, pero permaneciendo indiferentes á las desdichas que nos rodean, entonces será preciso convenir en que de hecho vivimos en una sociedad, que si no hermana, es por lo menos prima hermana de aque-

lla que veinte siglos antes crucificara al que vertió su sangre por redimirla.

Carlos Calero Galeas.

Festival Filarmónico y Kermés.

Como decíamos en nuestro número anterior al referirnos al medio ideado por la Junta de Festejos para allegar fondos para los mismos, citado festival tuvo efecto en la tarde del pasado domingo en el jardín del hotel villa San José de nuestro respetable y querido amigo D. José López Roldán.

Si ese día empezó siendo no poco desagradable, por la tarde se acentuó más en tal sentido siendo, el viento que corría, tan fuerte como frío. Apesar de esa lamentable contrariedad, la cual evidenció que si los rigores climatológicos son bastantes á enfriar el entusiasmo de los lucentinos cuando se trata de realizar un acto que redunde en pró de su amada Patrona, pues apesar de tamaña contrariedad, el festival se efectuó como suele decirse contra viento y marea y resultó animado y favorable en todos sentidos.

Nuestra admiración subía de punto aquella tarde tan desabrida cuando veíamos llegar en automóvil, unas, y en elegantes carruajes otras, las más aristocráticas, nobles y bellas señoras y señoritas de la buena sociedad lucentina.

Apenas llegadas al citado campo de batalla, entraron en fuego tan enloquecedoras furzas. Bajo la dirección de la hermosa y distinguida señora doña Cecilia Burgos de Muñoz Cobo, se organizó el servicio de camareras que con la lista en las manos de los artículos que habian de servir empezaron á recorrer el jardín y ofrecer sus servicios á los parroquianos que formando animados corros cerca de los veladores ó mesitas, habianse dado prisa en hacer palmadas para que se les sirviese.

El Centro Filarmónico que entró en lisa bandera al frente, empezó á amenizar el espectáculo con una de las más bonitas piezas de su selecto repertorio, y la animación fué iniciándose en todos los grupos de los que partían palmadas en demanda de auxilios líquidos y sólidos y á cuyas palmadas acudían con presteza las bellísimas camareras. Estas eran: Las señoras doña Cecilia Burgos y doña Victoria Chacón, señoritas Constanza, Fuensanta y Pilar Alvarez Sotomayor, Joaquina Ruiz que por primera vez hacia su entrada en el gran mundo lucentino, Teresa y Carmen Roldán Alvarez, señoritas hijas del Sr. Teniente Coronel del Batallón de Reserva, Mariquita Cordon, Carmen Valdecañas, señoritas de Vidal, de Martínez y alguna otra cuyo nombre sentimos no recordar.

A la caída de la tarde se organizó un rigodón que bailaron las camareras con el elemento joven y algunos exjóvenes.

La presidenta, acompañada de su esposo el joven Sr. Muñoz Cobo, copa y botella en mano recorrió las filas de los músicos obsequiándoles con escelente vino, siendo aclamada por los

obsequiados que la prodigaron calurosos elogios por su rasgo tan generoso como democrático.

Cerca de las diez empezó el desfile de la concurrencia, de la que formaron parte el Sr. D. Antonio Chacón Valdecañas y su bella y distinguida esposa D.^a Elvira Bernardo de Quiros, doña Magdalena Burgos, viuda de Milla, viuda de Briz, el acreditadísimo doctor D. Joaquin Ruiz Córdoba, su Sra. y bella hija; D. Felipe de Torres y señora; el Sr. Teniente Coronel é hijas; don Antonio Carbonell y su distinguida y hermosa señora; el Sr. Gámiz y señora y otras muchas conocidas y apreciables personas que sentimos no recordar.

D. José López Roldán dueño de aquella elegante mansión hizo aquella tarde lo que tan proverbial ha sido siempre en él, ó sea colmar de cariño y con finas atenciones á sus huéspedes, á lo que puso remate al realizarse el desfile oponiéndose á que sus más estimados amigos se marchasen sin obsequiarles por su sola y exclusiva cuenta, y no hubo manera de convencerle, y una docena de sus íntimos tuvieron que declararse prisioneros de sus bondades, y pasó lo que era de esperar dada la esplendidez característica del anfitrión, que pasamos á su elegantísimo comedor donde no faltaba nada de lo más bueno y esquisito que desearse pueda en vinos, licores, fiambres y toda suerte de líquidos y sólidos propios de esos casos, en mesas de personas tan rumbosas, finas y cariñosas como el Sr. López Roldán.

A la una de la madrugada conseguimos romper aquellas dulces y agradabilísimas cadenas y recobrar la perdida libertad, quedándose todavía pidiendo guerra, repetido señor, al que acompañaba el ilustrado y simpático amigo de Cabra, D. José de Silva.

Tanto los concurrentes al festival relatado cuanto á los que concurrendo al mismo también fuimos obsequiados por el dueño de aquella magnífica morada, guardarán y guardaremos gratos recuerdos de las muchas agradabilísimas horas que allí pasamos; así como nuestro agradecimiento á la persona que como el Sr. López Roldán, sabe hacer las cosas tan en grande, atenta y cariñosamente.

X.

A mi adorada Patrona la Virgen de Araceli

El desterrado en su destierro, ante el recuerdo de su pueblo natal y de los días más felices que en él pasara, cae en la mayor desesperación y en los abismos de la mayor amargura al llegar el día de tu bendito nombre y no poder formar en la manifestación solemnisima que te preparan los que se criaron bajo tu amoroso manto y celeste patrocinio. Mas por mi suerte, seguida surge en mí un pensamiento y una esperanza consoladora, cual es la de que no está lejano el día en que cesen mis torturas infantiles y retorne á mi querida Lucena y embelazado contemple antes de llegar á ella, el al-

to monte donde se levanta tu preciosa ermita y te rinden adoración tus leales aracelitanos. Esa esperanza me consuela, y me da alientos bastantes para llevar á término la pesada carga de tu ausencia y de mis escolares estudios.

¡Primer domingo de Mayo! ¡Fecha memorabilísima para todo aquél que se estimé de buen lucentino! Fecha tan recordada como amarga para el que adorándote no pueda verte. ¡Madre mía!

Al recordar la alegría, el entusiasmo que esta tarde como todos los años te tributan en mi patria chica mis paisanos, con el pensamiento, con el espíritu, con el alma me traslado á mis benditos lares, y loco, frenético me uno á la multitud que te aclama y vitorea y lloroso de emoción alzo la voz y los brazos gritando: ¡Viva mi divina Madre la Virgen de Araceli!

Rafael Linares Montilla.
Sevilla, 1906.

¡Viva María Santísima de Araceli!

¡Qué alternativas tan rápidas y variadas ofrece la vida! A veces una ráfaga ó racha asoladora que todo lo destruyó. Otros días resplandores vívidos y sonrientes que hacen desaparecer de los corazones las nieblas que oscurecen y empañan la luz, la alegría á que aspiran todos los humanos.

Solamente una cosa no pasa y se conserva inmutable como en sus primeros albores. Siempre pasa como primer beso de la aurora; siempre esperada, siempre vivificante cual el osculo del sol sobre la tierna y olorosa florecilla del prado; siempre hermosa como el ángel bendito de la paz... María... Tu santo nombre es pronunciado por todos los confines de la tierra, y con inenarrable entusiasmo por todo hijo tuyo, bien habite en tu predilecto pueblo de Lucena ó en cualquier otro paraje del mundo.

Yo también madre mía uno mi grito al de todos los lucentinos, y vertiendo llanto de alegría, henchido el corazón de fervido entusiasmo te acompañaré esta tarde en tu triunfal carrera y gritaré una y mil veces: ¡Viva María Santísima de Araceli!

José Luque Repullo.
(Capitán del Batallón Infantil)

A María Santísima de Araceli, Patrona de Lucena, en su fiesta onomástica.

I

¡Salve, Celestial Patrona
De la ciudad de Lucena!
¡Salve, divina azucena!
¡Salve, angusta matrona!

Yo el más humilde cantor
De cuantos cantan tu nombre,
Hoy, sin pretender renombre
Canto también en tu honor.

Y con la fé y alegría
Que vibra mi voz, de fijo
Tú sola y tu amado Hijo
Lo sabeis bien. Madre mía.
Sí, lucenense Patrona;

Yo creo que tengo el deber
En este día, de prender
Una flor en tu corona.

Tal deber tengo, y con creces
El no cumplirlo me abruma;
Mas vale poco mi pluma
Para lo que tu mereces.

Así manteniendo ruda
Batalla con mi torpeza,
Confío vencer mi flaqueza
Con tu celestial ayuda.

Y pues la victoria ansiada
Tu bondad me dá infinita,
Escucha, Madre bendita
Mi voz humilde y cascada.

II

Tengo, ya he dicho, el deber
De cantar de zona á zona
Tus glorias y en tu corona
Esta pobre flor prender.

De glorificar tu nombre;
De adorarte con encanto,
Y ofrecerte todo cuanto
ofrecerte pueda el hombre.

Porque además del raudal
De amor que á mi pecho llena,
Cumplir tal saber me ordena
El cariño paternal.

Ese cariño, Señora,
Que sólo el que es padre siente:
Ese amor puro y ardiente;
Esa chispa inflamadora;

Ese potente atractor
Que los hijos son del padre,
Aliento me prestan, Madre,
Para cantarte mejor.

Pues lejos de mi dominio,
(La suerte así lo decide)
Mi hijo único ahí reside
Bajo tu real Patrocinio.

Y tal lo toca ya hombre
En tu fé nada rehacio,
Que á mi lengua falta espacio
Para bendecir tu nombre.

Así en tu bondad confía
Mi corazón, y contento
Te ruega, que ni un momento
Lo abandones, Madre mía.

III

Yo tengo la convicción
Que él con fervor te venera,
Y que inquebrantable impera
Tu amor en su corazón.

Que aún cuando no es lucentino
Guarda, como yo, en su pecho,
Un caudal de fe, en provecho
De tu reinado divino.

Que en sus angustias, tu nombre
Desde niño con fe invoca,
Y con gran fruición lo evoca
Llegado que ha sido á hombre.

Que le alegra tu esplendor;
Que con frenesí te llama,
Y que tus glorias proclama
Con entusiasmo y ardor.

Así me consta María;
Su amor todo es para tí;
¡Ah! Si no pensaré así,
Entonces... ¡no lo querría!

IV

Hijo, ayúdame á cantar
Las excelencias y glorias,
De la que sólo victorias
Logra en el mundo alcanzar.

Formemos entrambos coro
Con los hijos de Lucena,
Y al Ave de gracia plena
Alcemos himno sonoro

No demos tregua al fervor;
Cantémosla con placer:
Que es honroso enaltecer
A la Madre del amor.

Prendamos en su alta palma
Como tributo de honores,
Las más delicadas flores
Del bello jardin del alma.
Acudamos á ella, pues,

Y de hinojos, reverentes,
Inclinemos nuestras frentes
Para besarle los piés.

Y en tal actitud, sencillas
Plegarias realcen su nombre;
Pues nunca es más grande el hombre
Que cuando está de rodillas.

V

Sí, Madre amorosa, sí;
Protege, bendice y ama
A esa ciudad que te aclama
Su Reina con frenesí.

Ella bien sabe estimar
Tu protección bienhechora,
Y así te erige, Señora,
En cada pecho un altar.

Que afirmarse sin error
Se puede, yo tal opino,
No hay corazón lucentino
Donde no reine tu amor.

Yo también cual ella quiero
Que fiel mi cariño veas,
Y de mi cielo tú seas
El diamantino lucero.

Que oyendo el acento fijo
De la oración paternal,
Des tu gracia celestial
A mi muy querido hijo.

Y en compensación debida
Del favor que nos concedes,
Pues nos otorgas mercedes
Cual á tu ciudad querida.

Ambos con fervido anhelo
Con ella haciendo armonía,
Gritamos, ¡viva María
Santísima Ara del cielo!!!

Vicente Jiménez

Luque

A María Santísima de Araceli en su día.

Tú eres el alma del alma mía;
Tú eres la Virgen encantadora
De mis amores;

Tú eres el cielo de mi alegría;
Tú eres la perla que el áura llora
Sobre las flores.

Tú eres la Virgen de encantos llena;
Tú eres el ave de dulce acento
casta paloma.

Tú eres la pura linda azucena,
Que en los verjeles le presta al viento
Su rico aroma

Tú eres del cielo la luna errante
Que de apacible noche callada
Cruza la esfera;

Tú eres la tímida tórtola amante
De la frondosa triste enramada
La mensajera.

Tú eres la reina de la hermosura;
Tú eres la aurora de mi esperanza
La más querida

Tú eres el Ángel de mi ventura;
Tú eres el iris de mi bonanza;
Tu eres mi vida.

José Alvarez Ossorio.
Lucena—1906

A nuestra Señora de Araceli

Eres la madre del Ser
que mundo dió libertad,
y la más casta mujer
y la más pura beldad
que jamás podrá nacer.

Eres el reflejo fiel
de las celestes regiones,
eres un mar de ilusiones,
la que derrota á Luzbel
cautivando corazones.

Eres en fin, de Lucena
su Patrona y protectora,
la más excelsa Señora,
eres la madre más buena
que en este pueblo se adora

... Cuando en tu imagen me fijo,
se alegra todo mi ser
y me digo:—esta mujer
fué la que dió el mejor hijo
que en el mundo pudo haber.

Es libre mi pensamiento,
también libre mi poesía,
yo me lanzo al firmamento
y allí canto. ¡Madre mía!
el amor que por Ti siento.
Ceballos.

A la Virgen de Araceli

PLEGARIA

¡Patrona sacrosanta
del pueblo lucentino,
imagen redentora
de hermosa tradición,
no apartes de tus siervos
el rostro peregrino,
pues eres en sus ansias
la más pura ilusión!

Tu nombre de Araceli
la blanca ciudad llena
desde el tugurio humilde
á la mansión feudal;
es música suave
que en nuestros labios suena
vertiendo de poesía
espléndido candal.

El ara eres del cielo,
altar puro y luciente,
en que el gran sacrificio
á realizarse fué;
por eso en sus cuitas
el pueblo reverente
un mundo de esperanza
en tu semblante vé.

Cuando á los campos falta
el jugo generoso,
cuando en la nube zumha
el trueno bramador,
cuando la muerte asoma
el labio teñidoroso,
á tí Lucena toda
acude en su dolor.

Envuelta en su blancura
cual cisne de la vega,
aquí tu ciudad duerme
del sacro monte el pie;
y en este mar sin playas
con júbilo navega
teniéndote por norte
y faro de su fé.

¡Patrona sacrosanta
del pueblo lucentino
imagen redentora
de hermosa tradición,
no apartes de tus siervos
el rostro peregrino!
¡Que no nos falte nunca
tu amparo y protección!

Antonio Ramirez.

Romería al Santuario de Aras

I

Apenas en el Oriente
brilla la nueva alborada
y los cielos se iluminan
con luz opalina y grana,

en la ciudad lucentina
grupos de lindas muchachas
con sus novios y familias
en las afueras aguardan
la deseada partida
al Santuario de Aras.
Llegan los más rezagados
y se organiza la marcha.
Unos montan en corceles
de fina y bonita estampa;
otros en ancianos pencos
que aún pretenden de su raza
demostrar los nobles bríos
que un día les animára.
Aquél va sobre un jumento
cuyas *endechas* espantan
y éstos, marchan en pollinas
tan sufridas como tardas.
Tan alegre romería
tiene visos de profana
á juzgar el regocijo,
las actitudes gallardas,
los trajes de colorines,
el buen humor, la bullanga
de los hombres y las hembras
que con los hombres cabalgan.
No van como peregrinos
murmurando una plegaria;
van entonando canciones
plácidas, regocijadas.
A algún triste penitente...
de faz doliente angustiada
suelen ver que del bullicio
presuroso se recata,
el cual, siguiendo sus rezos
fija al suelo la mirada
demuestra cümplir sus votos
con noble perseverancia.

II

Del pedregoso camino
sus cuevas, sus hondonadas
veloces y bullidores
pronto los rumores salvan
sin que logre detenerlos
de la adorable campaña
los alarmanes clamores
al ver que el penco resbala,
incidente que termina
con ruidosas carcajadas
Pronto ascienden á la altura
de Araceli nominada
cerca de la cual parece
que los nombran, que los llaman
mas son los vagos rumores
de la Fuente de la Plata,
la que excita al caminante
á gustar sus ricas aguas
y tras un breve descanso
continuar la jornada.
De aquella hermosa planicie,
bella y soberbia se alza
la alta sierra en cuya cumbre
está la Exce'sa Serrana.
En tan ameno paraje
párase la cabalgata,
y tras nuevas libaciones
que el regocijo propagan,
sigue la empinada cuesta
cuyos senderos esmaltan
o'rosas florecillas
que el puro ambiente embalsaman.
Al fin coronan la altura,
y la vista se solaza
contemplando los encantos
del más bello panorama.
Ciudades, villas, aldeas,
valles amenos, montañas,
olivares, prados, montes,
encinares, huertas, granjas...;
y en un cielo azul, sereno
un sol espléndido irradia,
vida, luz, color, belleza
sobre la hermosa comarca.

III

En breve el vivo repique
de las alegres campanas
les anuncia á los rumores
que la Virgen les aguarda
cual la avecilla, á sus hijos
que de su vista se apartan.
De improviso en el concurso
se restablece la calma,
y recatados, contritos
ante las divinas plantas
á su Virgen de Araceli

le dicen cuanto la aman.
La doncella, cuyo amante
en defensa de la Patria
expone su noble vida,
pide á su Virgen amada
le preserve del peligro
y triunfante vuelva á España.
La abuela, que en el transcurso
de su vida dilatada
sufrió crueles amarguras
por su prole que idolatra;
pide á la reina del cielo
sea el angel de la guarda
de los suyos, que afligidos
guía y socorro demandan.
El labrador, cuyos campos
invade terrible plaga,
ó bien pertináz sequía
que los agosta y acaba;
pide á la Excelsa Señora
mitigue sus crueles ansias
llevando á sus heredades,
lozania, vida, sávia.
El triste anciano, el enfermo,
todos suplican y claman
por el remedio á sus males
que sus vidas acibaran.
Pronto del ferviente rezo
hijo de la fé cristiana,
nace en los fieles romeros
el iris de la esperanza;
y tranquilos, reanimados
salen del templo, y sus almas
alegres y satisfechas
su felicidad, delatan.

IV

Mas los cuerpos, alimento;
les piden con prisa tanta,
que á poco buena merienda
con rico vino alternada
restituye á los romeros
el vigor que flaqueaba.
Todos por grados se animan,
y ante el templo, en la explanada
organizase la fiesta
á la que lindas muchachas
dan vida, color y fuego
con los soles de sus gracias,
El tocador ya proludia
las notas alegres, clásicas
del fandango de la tierra,
y una voz hermosa canta:
«Cuando pasé por Lucena,
el sombrero me quité,
y á Virgen de Araceli
una salvé le rezé»
Se acrecienta el regocijo
y un mozo y una barbiana
salen á bailar, luciendo
sus actitudes gallardas;
y al par que las castañuelas
repiquetean los que bailan
arrancando al auditorio
vivas y olés entusiastas;
se escucha esta nueva copla
que los ánimos exalta:
«Tu eres palma, yo soy datil;
tú eres zarza yo me *enreco*;
tú eres la palma gallarda
del jardin de mi recreo.»
Luego una hermosa morena
cuya bellísima cara
parece la de la Virgen,
con un estilo que encanta
entona esta vieja copla
entre aplausos y palmadas:
«Ana María, á tu novio
me lo encontré en la Barrera,
que venia de beber,
agua de la Fuente Nueva.»
Durante bastantes horas
sigue la fiesta animada,
apurando el repertorio
del fandango y sevillanas,
malagueñas y guajiras;
zarzuelas, canciones varias,
derrochándose las sales
de una juventud bizarra.

V

Cuando el sol toca á su ocaso,
y casi las fuerzas faltan,
se apresuran los romeros
á penetrar en la estancia
de la Virgen, y una Salve
y muy sentidas plegarias

dirigen á su patrona,
la que entre dulces miradas
parece quiere decirles:
Sed buenos, que vuestras lágrimas
enjugurá vuestra Madre
que nunca los desampara.

VI

El sol que en ese momento
va á ocultarse, tintas varias
dá á las nubes, que semejan
castillos, lagos, montañas...
y un postrer rayo partiendo
por entre nubes de ámbar,
pneetra en el Santuario,
y á la divina Serrana,
extasiado unos instantes
se detiene á ontemplarla.

J. Otero.

A María Stma. de Araceli.

Imagen celestial, virtud querida,
que envuelta, en aureolas de grandeza,
eres candida flor, por tu belleza,
y blanca estrella, donde el bien se anida.

Tu camino, es la senda más florida
que recorres con ínclita nobleza,
brillante, como el iris de riqueza,
Tu reinado es de amor, amor la vida.

Sobre el trono feliz, de tus anhelos,
Contemplas este mundo de dolores.
Prodigando, mercedes y consuelos;

Te brinda el corazón con sus amores,
Que acojes con solícitos desvelos,
En el vergel eterno de tus flores.

J. Luque Repullo.

Málaga 10-Mayo-1906.

(Esta composición es propiedad del autor.)

EL DOS DE MAYO

A mi querido amigo el distinguido
escritor Antonio Gámiz Burgos.

Hubo un tiempo, una época en que
España fué grande, gloriosa cual nin-
guna otra potencia no de Europa, sino
del mundo entero, las cuales la mira-
ban no solo con respeto sino con te-
mor.

España ocupaba el primer lugar por
su civilización, cultura; (etc.) pero es-
tos tiempos de grandeza, pasaron y no
volverán; consultemos la historia pa-
tria, desde su origen hasta el siglo pa-
sado, y veremos lo que ha sido, esta
nación, hoy despreciada y tenida en
poca estima, á causa del abandono y
dejadez en que se encuentra.

Una de las páginas más hermosas de
nuestra historia la constituye sin duda
alguna. El Dos de Mayo que fué el
principio de la heroica Guerra de la
Independencia, en la que nuestros pa-
dres derramaron hasta la última gota
de su sangre, en defensa de su patria
y de su rey.

Tres fueron los héroes de tan memo-
rable día, que cual un Viriato ó un Pe-
layo, no dudaron en sacrificar su vida,
en aras de la libertad de su patria; es-
tos fueron Daoiz y Velarde capitanes
y Jacinto Ruiz, teniente de Infantería,
mártires gloriosos de la independencia
de su patria.

Cansado y agobiado por el peso del
gobierno, Carlos IV abdicó en su hijo
Fernando VII, que fué recibido con
frenesí y entusiasmo, por el pueblo es-
pañol: entre tanto Napoleón el genio
de la guerra del siglo XIX, el César

francés, se niega á reconocer á Fernando como rey legítimo por haber abdicado su padre forzosamente en el, ante lo cual, Fernando restituyó el trono y corona de España en su padre, el cual lo cedió á Napoleón y este abdicó en su hermano José Bonaparte, conocido por los españoles con el sobrenombre de *Pepe Botella*.

Napoleón introdujo en nuestra península numerosas fuerzas al mando de Murat, duque de Bug y la familia real en virtud del mandato de Carlos VI, se dispusieron abandonar nuestro país, para marchar á reunirse con él en Bayona, la partida fué señalada para el (dos de mayo) pero hubo el contratiempo de que el Infante D. Francisco, con las lágrimas en los ojos se negaba dejar á su patria ante la vista de estos hechos y otros semejantes se indignó el pueblo madrileño, que retirándose á los barrios aprovechando se de cuantas armas ofensivas pudieron encontrar y dieron principio á un combate en el que cada calle era un campo de batalla.

Los franceses mientras tanto ocupando militarmente la ciudad toman las casas por asalto, y acuchillan sin piedad, á cuantos encuentran á su paso.

Las tropas españolas por mandato del traidor general Negrete permanecían acuartelados pero un grupo de paisanos acudía al parque y sacaron los cañones, poniéndose al frente de estos patriotas, Daoiz, Velarde y Ruiz que después de un glorioso combate mueren al frente de los grupos en un encuentro que tuvieron con el general francés Lefranc. Esta heroica jornada del Dos de Mayo del año 1808, fué el principio de la guerra de la independencia en la que unas veces con fortuna y otras sin ella compartieron nuestros compatriotas arrojar de nuestra península al usurpador: hasta que en la batalla de Bailén (19 de Julio) alcanzaron la más completa victoria, á la cual siguieron otras varias, teniendo Napoleón que desistir de la creencia que tenía de que armas francesas eran invencibles.

Rafael L. Montilla

Sevilla 906.

GAZETILLAS

Un suicidio

En la casa del conocido y apreciado labrador D. Antonio Córdoba encontrábase el día 25 del actual algo preocupados á causa de la desaparición de una joven sirvienta, cuya ausencia notaron el día anterior, y en vista de que habían resultado infructuosas las pesquisas que habían hecho por saber su paradero, no faltó algún vecino que indicara al mencionado labrador su sospecha de que la joven se hubiese arrojado al pozo. La indicación del vecino no fué desatendida; y con verdadero asombro al introducir unas rebañaderas en el pozo pudieron ver que allí se hallaba el cadáver de la mozueta. Esta era natural de Zapateros, de 17 años, de buen cuerpo y bastante agraciada, y su nombre y apellidos eran el de Francisca Olivares Doblas, huérfana de madre y casi de padre, pues cuando ella tenía pocos años, emigró al Brasil y en la actualidad se ignora si vive ó ha muerto.

Dada cuenta de la desgracia mencionada, personóse la autoridad en la casa del suceso y después de extraer del pozo el cadáver de la desdichada joven, tomó declaración á las personas de la casa y dispuso el traslado de la muerta al depósito del hospital.

Lo extraño, lo raro del lamentable caso es, que la Francisca, no estaba enferma, no tenía novio ni recientemente le había ocurrido ninguna grave contrariedad, además de ser de un carácter alegre y jovial.

Por referencias dignas de crédito se nos dijo que el día 24 se encontraba ocupada con otra mujer en el lavado de la ropa sin que recuerden estuviese ni triste ni apenada por cosa alguna; y entonces dirigiéndose á su compañera le dijo subiese á la torre por pasta para la colada, y sin duda apenas aquella desapareció se arrojó al pozo pues cuando bajó su compañera ya no la encontró. Al echarla de menos, se supuso que estaría en alguna habitación de la casa ó en la vecindad, mas al no encontrarla se creyó que se habría marchado á su pueblo, más como esas pesquisas no dieran resultado alguno, se decidieron al fin á registrar el pozo, y como dejamos relatado allí se encontró á la infeliz, la que con el fin de impedir que realizado aquel su fatal pensamiento no le quedase acción para arrepentirse y pretender escapar de sus terribles consecuencias, se había liado muy bien las manos con el delantal.

También pudo descartarse la suposición de que involuntariamente cayese al pozo por tener éste el brocal estrecho, de hierro y no ver señales que evidenciasen se hubiese visto precisada á descarrillar el carrillo, circunstancia que hubiese hecho sospechar la posibilidad de que al subirse al brocal hubiese caído.

Infinitas han sido las versiones que sobre el triste suceso se han oído, y excusamos añadir que de todas ellas, la que dejamos escrita es la que más se aproxima á la verdad, apesar de que en vano se esfuerza la opinión en buscar la explicación de ese suicidio.

Un gato hidrófobo

El 24 del pasado mes, en una fábrica de jabón situado en la carretera de Zambra, un gato rabioso mordió al encargado de aquella y á dos niños hijos suyos de pocos años.

Según se nos informó después, parece que unas noches antes se quedó fuera de la casa una gata, la que tal vez fuera mordida por un perro que pasara por allí, toda vez que el animalillo estaba al siguiente día muy maltratada y tan hozca que mordió á otro gato que en la casa había y este hizo otro tanto no sólo con un perro sino también con su amo y dos niños de lé.

Excusado será añadir que al convenirse del estado de los gatos hubo que matarlos así como al perro, y disponer el viaje para ser curados en Córdoba de las personas mordidas.

Como en pocos días se han registrado varios casos como el relatado, la Alcaldía ha publicado un bando recordando á los vecinos las disposiciones

que sobre ese grave asunto contienen las Ordenanzas.

Más noticias sobre la suicida

Constanos que la desdichada á quien nos referimos era muy apreciada por toda la familia á quienes servía, los que compadecidos de su orfandad y estimando sus excelentes condiciones, le tenían ofrecido que el día que entablase unas formales relaciones con el hombre que prefiriese para esposo, le costearían el ajuar. En este halagüeño sentido se ha expresado ante el Juez una hermana de la muerta que sirve en una casa de la Plaza Nueva.

También hemos sabido por persona que presencié la autopsia, que en dicha operación se evidenció la virginidad de la suicida, así como su superior estado de salud; terminando por decir que en la casa de los labradores que utilizaban sus servicios, la querían como á una hija y como á tal han sentido y llorado su desastroso fin.

Sentido fallecimiento

Ya no existe la angelical y muy estimada joven Carmela Carrillo.

Hace poco más de cinco meses la vimos la víspera de emprender su viaje de bodas. ¡Cuán emocionada y feliz la contemplamos! ¡Qué mundo de rosadas ilusiones se abría á su paso al empezar bajo tan placenteros auspicios aquella primeveral y dichosa etapa de su vida! Si la natural aspiración de toda joven es la de enlazarse con el hombre que por sus prendas físicas y morales llenan todos sus deseos, Carmela tuvo esa dicha al unirse al muy estimado joven Mariano Córdón.

¡Mas, cuan pronto el hado maldito sepultó á la feliz esposa en el lecho del dolor, cuanta fué su presteza en cortar el hilo de aquella noble y hermosa vida! ¡Cuán diligente en arrojar al feliz esposo en los abismos del dolor inmenso, horrible que produce la eterna ausencia de la adorable y adorada compañera!

¡Y qué decir del desconsuelo del llanto, de la desesperación de la madre á la que el destino implacable le roba su única hija, su tesoro, la luz, la esperanza de su alma!

Descanse en el amoroso regazo del Señor el alma noble, simpática y pura de la pobre Carmela, y si de algún consuelo sirvieran á su inconsolable madre y apenadísimo esposo las manifestaciones de la condolencia pública, cónsteles que entre ellas es una de las más sentidas la de los redactores de este semanario.

¡Bien por la Justicia!

Se nos asegura que en los pasados días se pidieron bagajes al Ayuntamiento para la conducción á Córdoba de la procesada vendedora de carne de burro y para un sujeto complicado también en su criminal industria, el cual se ocupaba en desollar las bestias muertas y avisaba á aquella para que se surtiese de carne y la expndiese al público.

El Pan nuestro

Sin duda que el agua que estos últimos días ha caído sobre Lucena, ha ablandado el pedernalino corazón de los panaderos, pues el martes último fuimos agradablemente sorprendidos con la noticia de la baja de tres céntimos en kilogramos de tan necesario artículo alimenticio.

La Misa de Campaña

Mediante la intervención del Ilustrísimo Obispo de esta diócesis, celebrábase ese nuevo é interesante número de los Festejos, cuyo interesante y sagrado acto tendrá lugar á las ocho de la mañana del día siete del actual, en el salón del paseo de Rojas. Nuestro aplauso á cuantas personas han intervenido en favor de ese grato suceso.

La Velada de S. Marcos

La escasez de públicas distracciones que se siente en Lucena así como la inveterada costumbre de visitar al referido santo en talnoche, llevó á su ermita á la mayoría del vecindario. No fué obstáculo para ello el pésimo estado del centro del piso de la calle por el nombre de dicho santo conocidas pues á las diez no se podía transitar por allí dado el inmenso gentío que la llenaba. Y como donde va la gente van los industriales en busca de las *perras*, hicieron buen acopio de ellas los vendedores deavellanas, garbanzos, camarones, cangrejos, turrón y otras golosinas.

Y como en aquella calle vive Don Francisco Morales, tan conocido de sus consocios del Círculo Lucentino, aprovecharon los pescantes la circunstancia de visitarle y convencerse de que en aquella casa se trata con cariño y espléndidez á los amigos.

La velada se prolongó hasta la media noche, y excepción hecha de las avarías que en el calzado pudieron notar ellos y ellas, no ocurrió nada que merezca referirse.

Tip. de M. Córdón.—CABRA.



Unicos Licor y Elixir

de los

PP. CHARTREUX

ELABORADOS POR LOS MISMOS EN LA FÁBRICA DE LA UNIÓN AGRÍCOLA EN TARRAGONA

Elixir Vegetal sin rival para toda clase de indisposiciones

De venta en Luna: casa de CRISTOBAL GOMEZ, Café; y JOSE GOMEZ, Casino.

Depositarios generales para toda España, SRES. FORTUNY HERMANOS y HELLY DE TAURIERS, calle Hospital 32, Barcelona.